



LA IDENTIDAD LACANIANA¹

Marcelo Mazzuca

LA PROBLEMÁTICA CLÍNICA

Hace poco menos de dos años recibo un mensaje de Whats App de un paciente, pongámosle por nombre *Leandro*, pidiendo una primera entrevista para el día siguiente. Acuerdo el horario, también por mensaje de texto, y al otro día recibo una llamada, esta vez por teléfono, de una mujer que se presenta como la madre de *Silvina*, diciendo que su hija tiene turno conmigo ese mismo día y que quería advertirme de algunas cosas antes de que yo la reciba. Cuando le respondo a esa madre notoriamente preocupada que no tengo cita con ninguna *Silvina*, ella aclara rápidamente: “ah!, bueno, entonces debe ser *Leandro*”. Luego de unos segundos de desconcierto comprendí que *Silvina* y *Leandro* eran nombres de una misma persona, cuya identidad hasta el momento yo desconocía casi por completo, dado que ni siquiera había podido escuchar su voz. Pero lo que ya era audible en esa demanda es que esa identidad enigmática comenzaba a generar conflictos, aun sin quedar del todo claro para quien: si para *Leandro* o para su familia. Al interrogar mejor esa demanda, quedó al descubierto que había preguntas de ambos lados, que cada uno las intentaba resolver a su modo, y que también el analista quedaba interrogado al respecto en su fuero más íntimo. Es uno de esos casos que para uno mismo se vuelven paradigmáticos.

EL CONCEPTO INEXISTENTE

El término “identidad” no goza de buena reputación entre los analistas, menos aún entre los lacanianos. En términos generales, se lo suele referir al “género” y en oposición al término “sexuación”. El propio Lacan lo utiliza muy poco y su significación es pobre e inestable a lo largo de su enseñanza. Sin embargo, y en particular hacia el final, la noción de *identidad* asoma su cabeza, se acopla a la

¹ Trabajo presentado en “Sexuación e identidades”, II Simposio Interamericano de la Escuela de los Foros del Campo Lacaniano, en Río de Janeiro, septiembre de 2017. Luego publicado bajo el mismo título por Atos y Divas Ediciones, Río de Janeiro, 2019.

problemática de la *identificación* y queda referida al modo en que el ser hablante resuelve la realidad zigzagueante del sexo.

En cuanto a ese movimiento en zigzag, que arranca con la interrogación freudiana del síntoma histérico, el psicoanálisis comprueba que donde se esperaría hallar “la identidad”, en singular, se tropieza con “las identificaciones”, en plural. Sucede en la práctica y en la teoría. Es lo que intentó sistematizar Lacan, con dudoso éxito, revelando la ausencia de sentido de dicho concepto. En su lugar encontró un concierto polifónico de teorías pos-freudianas que calificó como “imperialismo de la identificación” (LACAN, 2002 [1956-7], p. 87). Su paradigma: la “identificación con el analista”, fórmula del fin de análisis que Lacan adjudicó a Balint y en la que se observa que el problema freudiano de la in-adequación de los sexos queda totalmente borrado.

Lo curioso es que ese mismo paradigma clínico no solo gobierna el plano conceptual sino también el institucional, promoviendo una suerte de cosmología psicoanalítica que por momentos infecta el tejido social. Por ejemplo, es difícil imaginar que en la IPA, el Imperio Psico Analítico, se dijeran cosas como “las analistas mujeres son mejores que los analistas hombres”, como sugirió provocativamente Lacan. Es cierto que Freud provocó un “escándalo psicoanalítico” (LACAN, 2012 [1972], p. 487) al hablar hace ya casi un siglo de la “premisa universal del falo”, pero también es cierto que el debate que generó fue interrumpido y nunca reanudado a pesar de los esfuerzos de Lacan. Por eso su intervención se volvió crucial: denunciar ese imperialismo, cuestionar las identificaciones e intentar reducirlas a su estructura elemental.

De ese modo Lacan demostró, una vez más, la solidaridad entre la elaboración conceptual y la práctica clínica. Pero más impactante aún es ver como dio cuenta de su casuística tanto en la clínica como en el plano de la formación y la asociación de analistas. Es realmente lo que otorga su identidad a la propuesta lacaniana: tanto el ser sexuado como el analista sólo se autoriza de sí mismo... aunque no sin algunos otros.

LA HÉTERO-AUTO-RIZACIÓN

En el caso con el que comencé la presentación, el acto de autorización tomaba dos vertientes diferentes. Por un lado, luego de un tiempo de incertidumbres sobre su “elección” e “identidad” sexual, donde lo único seguro era su gusto por las mujeres, había decidido pasar de ser *Silvina* a ser *Leandro*. Así lo identifican en Facebook, realidad virtual en la que vive gran parte de su tiempo. Nombre que tomó de uno de sus primos maternos, hijo del tío que cumplió para él una función ideal. Ese y otros

determinismos se esclarecieron a lo largo del análisis, en el que siempre cuidé de no fallar el género al nombrarlo. Leandro no luce ni habla como una mujer pero tampoco como un hombre, realidad que advertía y lo cuestionaba en el lazo social: ¿qué es lo que lo identifica como hombre o como mujer ante la mirada del otro?

Pero el punto que retuvo de inmediato mi atención en el inicio de ese análisis tiene que ver más bien con lo que él no reconocía como electivo. En ese punto su posición en el decir era la de una certeza reiteradamente enunciada en términos impersonales: “salió que soy trasgénero”. Punto y aparte, nada más que hablar. Aún cuando yo lo interrogara al respecto no había más que decir. El análisis pudo situar que lo forcluído en ese caso era el decir paterno, y que su opción parecía estar al servicio de protegerse del goce paterno, que él experimentaba como violento y perverso, en particular por suponerle una atracción sexual pedófila por las niñas. Nada de eso quedó subjetivado por el trabajo del análisis, aunque el hecho de relatarlo y compartirlo atemperó la inhibición que experimentaba ante la mirada del Otro. En su lugar, se produjo una identificación con la categoría discursiva del “trasgénero” que encontró en las Redes Sociales, que determinaba sus pasos a seguir y en la que fijaba su identidad.

UN NUDO DE IDENTIFICACIONES

En cuanto al establecimiento del concepto, la operación de Lacan incluyó el ordenamiento de los tipos de identificación propuestos por Freud. Los redujo a tres y situó su anudamiento en el Edipo, pero además lo ejemplificó con el caso IPA: nudo en el que confluyen la identificación histérica, al padre y al rasgo por obra y gracia del deseo de Freud. Algo así como una *Iglesia Psico Analítica* que Lacan rebautizó con el nombre de “SAMCDA”: Sociedad de Ayuda Mutua Contra el Discurso Analítico (LACAN, 2012 [1973], p. 545). Sentencia un poco fuerte, sin duda, pero que nombra bastante bien esa (id)entidad freudiana y coloca el problema de la sexuación en la extensión del psicoanálisis.

Es sabido que Lacan propuso una dirección de la cura contraria a la identificación ideal. Sin embargo, eso no impidió que al final del camino formulara su propia “identificación” y la caracterizara como “aquello que se cristaliza en una identidad” (LACAN, 1976-77, 16-11-76). Solo que lo hizo expresamente por relación al síntoma, cosa que conviene subrayar. Es la única razón que justifica, al menos para mí, un genuino interés analítico en materia de debates sobre sexuación e identidades. Noción de síntoma que Lacan tuvo que transformar profundamente para que ya no

quedaran dudas sobre su relación de extra-territorialidad respecto de toda concepción psicopatológica o sociológica. El síntoma es lo que se conoce mejor, decía Lacan, la manera individual de gozar del inconsciente. Personalmente considero que sin esa brújula del conocimiento del síntoma el debate se torna resbaladizo y riesgoso.

A Lacan le llevó tiempo autorizar su fórmula, la que parece haber obtenido del campo del arte. Lo que es seguro es que fue la que explícitamente dijo preferir como opción final, dando a entender que el destino de identificación para el hablante es inevitable. La llamó “identificación al síntoma” (LACAN, 1976-77, 16-11-76), sin duda con una buena cuota de ironía joyceana, que la ubica en las antípodas del imperialismo del psicoanálisis norteamericano.

LAS SOLUCIONES SINTOMÁTICAS

El análisis con *Leandro* fue breve en razón de su eficacia terapéutica, y su logro más relevante fue haber podido acceder a una primera relación real con una mujer. Sin embargo alcanzó para delimitar un recurso que no carece de relación con su realidad sintomática y que hoy lo tiene entusiasmado y bastante ocupado en sus estudios terciarios. *Leandro* parece tener una habilidad especial para pintar y diseñar imágenes, y un talento llamativo para tratar aquello que proviene de su peculiar actividad onírica: principalmente seres asexuados y horizontes sombríos y deshabitados. Por mi parte, entiendo que es el principio de una solución sintomática de frente al problema de su identidad. Lo que este hombre, ya no tan inhibido, sabe y no sabe hacer con su imagen, permite imaginar lo que puede lograr saber hacer con su síntoma.

En cuanto a Lacan, sabemos que se apoyó en el caso ejemplar de Joyce, *el artista adolescente*, para demarcar el camino del saber hacer con el síntoma: en el particular lazo con la lengua, con el sexo y con el universitario, en el que encontró una solución sintomática para su identidad ególatra.

En cuanto a nosotros, ¿lacanianos?, tenemos también el ejemplo del auto diagnóstico del Lacan freudiano: ni “la bella carnífera” ni “la joven homosexual” sino “el histérico perfecto”, el que redujo el síntoma hasta su entidad más elemental: fallar el género en el acto del decir. Es sabido que hizo intentos reiterados por llegar a ser una mujer, y no sería descabellado pensar que una virtual universidad joyceana le otorgara el título de “mujer honoris causa”. Pero no llegó al extremo de nombrarse como *histérica perfecta*, ya que para Lacan no bastaba con la auto-autorización para llegar a ser una

mujer, así como tampoco para llegar a ser un analista. ¿Por qué no pensar en Lacan como caso paradigmático en materia de sexuación e identidad?

Han cambiado un poco las cosas luego de un siglo de psicoanálisis, especialmente en el nivel del discurso. Sin duda es algo que los psicoanalistas debemos tener en cuenta. Pero lo que no ha cambiado es el hecho de que la identidad sexual depende de un acto subjetivo que toma en cuenta lo real, y por eso la opción lacaniana consiste en interrogarlo en el nivel del decir y de sus consecuencias sintomáticas.

Referências

Lacan, J (1956-57) *El Seminario. Libro 4: La relación de objeto*, Paidós, Buenos Aires, 2002.

Lacan, J (1972) “El Atolondradicho”, en *Otros Escritos*, Paidós, Buenos Aires, 2012.

Lacan, J (1973) “Televisión”, en *Otros Escritos*, Paidós, Buenos Aires, 2012.

Lacan, J (1976-77) *Seminario 24*, inédito.